Bajo Agua, Crónica de una inundación

Agustina Oliva

Image not found.

Capítulo 1

BAJO AGUA

Crónica de una inundación

Sierras Chicas. 15 de febrero de 2015.

Capítulo 2

"A las catástrofes las llaman naturales como si la naturaleza fuera el verdugo y no la víctima".

Eduardo Galeano, Los hijos de los días.

Capítulo 3

UN TSUNAMI QUE CAYÓ DEL CIELO

"Y sí, las precipitaciones caídas del cielo el 15 de febrero pasado fueron excepcionales. Pero también hay que hablar del tsunami de loteos que hubo en quince años"

Joaquín Deón – geógrafo y miembro de la Coordinadora Ambiental y de Derechos Humanos de las Sierras Chicas.

Sábado a la noche, pleno verano; nadie imaginaba lo que estaba por suceder. Había empezado a llover a eso de las doce. Dos horas más tarde, se largó de manera torrencial. En las Sierras Chicas, la gente disfrutaba del fresco de la medianoche hasta que algún "¡la ropaaa!" se escuchó por ahí.

Aunque los pronósticos lo habían anunciado ¿quién iba a pensar que en poco más de doce horas el calmo arroyo se iba a convertir en una masa de agua de más de diez metros de alto?

Durante la noche cayeron unos 300 milímetros y con la luz del día también llegó el miedo, para no irse nunca más. Ese 15 de febrero, 250 familias perdieron sus hogares por completo y 1.700 viviendas fueron dañadas en ciudades como Villa Allende, Mendiolaza, Unquillo y Río Ceballos. En Agua de Oro, el río se llevó casas enteras; al igual que en Salsipuedes. Los comercios del Camino del Cuadrado quedaron paralizados durante meses.

En cada hogar, el dolor se convirtió en un sentimiento oscuro que resurge ante cada lluvia: el miedo. "Hubo una noche donde dieron un alerta y empezaron los gritos en la calle" cuenta Alejandra, vecina de La Quebrada.

Caía la tarde de domingo y con ella los primeros cordobeses que, desinteresadamente, se acercaban a dejar donaciones en Iglesias e instituciones. Colchones, frazadas, alimentos, botellones de agua y elementos de higiene personal. Llegaban chicos, grandes, parejas, familias enteras; todo Córdoba se movilizó. Pala al hombro y guantes en el bolsillo, esa semana llegaron cientos de jóvenes a dar una mano. "Señora ¿quiere que le ayudemos a limpiar la casa?". Y así iban, cuadra a cuadra,

barrio a barrio. “Yo no los conocía, pero se acercaron a ayudar igual".

Pasaron los meses y pocas cosas cambiaron. Con el correr de los días, las inquietudes se fueron juntando y nacieron grupos de vecinos autoconvocados, como la Asamblea Sierras Chicas. Otros, prefirieron lucharla en silencio, como una batalla propia contra la furia del río y el rugir de los truenos cada noche lluviosa. Pocos pudieron volver a vivir como antes.

Capítulo 4

MIRYAM

"El día que yo pueda decir 'me quedo en mi casa y duermo tranquila' ahí creo que vamos a cerrar el duelo. Antes no".

Miryam, Ñu Porá.

El corazón desbocado, el ruido muy fuerte. Llovía como si no hubiese mañana, como si la tierra pudiera aguantar semejante tormenta.

Miryam y su marido viven en una casa frente al río desde hace muchos años. De la suerte de cañada construida en Ñu Pora, los separa una calle ancha, pero no lo suficientemente extensa como para mantenerlos alejados de la peor vivencia de sus vidas. Ese día, el arroyo desbordó cubriendo no sólo la amplia calle, sino también toda una cuadra hacia arriba, en perpendicular, a noventa grados del cauce del río.

A ellos los salvó su perra. Esa jornada se quedaron hasta el amanecer controlando el arroyo, que de tan cargado que venía, superó las paredes amuralladas que lo sostienen y cubrió la calle, a pocos centímetros del cordón cuneta. Cuando el río retrocedió y volvió a su cauce, se fueron a dormir. Ya eran más las seis de la mañana.

A su perra, que en ese momento era cachorra, la dejaron durmiendo en el lavadero por seguridad. La habían adoptado hacía una semana.

Eran las nueve y media, y Miryam ya estaba despierta. Las cosas se habían calmado. Aprovechó para dejar que el viento refrescara la casa; al fin y al cabo, no estaba nada mal cambiar un poco de aire. Subió las persianas y abrió las ventanas por completo. El río seguía crecido pero en su cauce normal.

Todo estaba en orden. La mujer volvió a acostarse y se quedó dormida, había descansado muy poco.

"Tenemos agua adentro de la casa" le alcanzó a decir Carlos. Sin entender de qué se trataba, atinó a levantarse. La perra gritaba. En el living el agua llegaba al borde de las ventanas que, a decir verdad, son bastante más bajas de lo normal. Miryam observó a lo lejos sin comprender la magnitud de lo que estaba pasando. "Venía un árbol tirando los postes de luz". En ese instante, se miraron y como por arte de magia ambos entendieron las coordenadas. Cerraron las persianas y cortaron la luz. La perra seguía sollozando.

Atravesando el gigantesco charco en que se había convertido su casa, corrió hasta el lavadero, en la pieza contigua. Los electrodomésticos, que ya flotaban, habían empujado a la pequeña perrita contra una reja, dejándola atrapada. Se estaba ahogando. "Cuando la pude sacar, ya tenía el agua hasta la rodilla".

“Hay que salir de acá", lo repetía una y otra y otra vez. En el patio, el auto flotaba a pocos centímetros del techo de la cochera. "Por adelante no podíamos salir, por atrás tampoco. Se hacía un remolino en el patio trasero. Veíamos entrar y salir cosas. Tengo videos donde mis sillones daban la vuelta por el remolino y se iban por el medio del río. Era peligroso si salíamos por ahí".

Al ser más alta que las demás, intentaron escapar por la ventana del lavadero. Bajo el agua, Carlos manoteó su caja de herramientas. De milagro, encontraron una sierra.

La reja no quería ceder. "Era imposible, no sé cuánto tiempo estuvimos. Le pegábamos hasta con una olla Essen". Desde adentro, veían cómo sus vecinos -adolescentes- tampoco lograban escapar. El agua les había roto los vidrios, entrando de lleno. Después de varios minutos interminables y contra todo esfuerzo, el río les dio una mano. Pudieron alcanzar un palo que era arrastrado entre todas las cosas que llevaba consigo. Con su ayuda lograron salir. Desde la ventana, Miryam y Carlos les indicaban dónde pisar "poné un pie acá, poné un pie allá". Una vez que estuvieron en el techo, se quedaron más tranquilos. "Teníamos miedo que el auto chocara contra su casa, tenían que salir de ahí".

La reja no quería romperse. El agua subía cada vez más y la desesperación aumentaba. "Tirábamos, tirábamos y no se abría. Nos miramos con resignación. 'No hay nada que hacer'. En un momento estábamos los dos agarrados y el agua empezó a llegar hasta el marco de la ventana. Me salió mirar para arriba y decir 'abuelo, esta reja la hiciste vos, por favor deshacela'. Fue automático, nos quedamos con los fierros en la mano; la arrancamos toda, hasta lo que no habíamos cortado".

Como pudieron, treparon a la casilla del gas que estaba junto a la ventana, en el patio. Cortaron la media sombra que les impedía salir y subieron al techo. "Cuando subimos veo que mis papás también estaban inundados, que los vecinos también; estábamos en el medio del mar, esa era la sensación. No se veía nada, era todo agua".

Tratando de entender el panorama, Miryam vio un hombre al otro lado del río. Desde su casa, cruzando la doble avenida -de más de veinte metros- les hacía señas para que salieran de ahí; venía una ola más grande. Sin embargo, no tenían por dónde escapar. Contra la fuerza del agua, el vecino de la casa de atrás, Cacho, atravesó el patio alzando una pesada escalera, la sostuvo contra el muro y los ayudó a bajar. "Nunca habíamos hablado más que 'hola y chau'. Nos quedamos en el balcón viendo cómo se iban las cosas... comprendías la magnitud, era otra visual, no podíamos creer lo que sucedía. Era impresionante ver las olas que se armaban acá".

Cuando pudo calmarse, decidió volver a salir, esta vez, en busca de sus padres que vivían unas casas más allá. En el camino, se encontró con un grupo de bomberos que bajaban desde la parte más alta hacia el río. Entre el ruido de la lluvia y los gritos de la gente, les pidió que fueran a rescatar a su madre. Cuando llegó, los bomberos no estaban y su mamá seguía atrapada.

Con ayuda de su marido, fueron armando un camino en altura con lo que encontraban flotando. Pisando el relieve improvisado, llegaron hasta el fondo de la casa, donde estaban resguardados. "Saqué a mi mamá -diabética- y a mi tío que es discapacitado. Nos metimos a sacarlos porque si el agua volvía a subir y a ellos les pasaba algo ¿quién los iba a atender ahí?".

"Era una situación muy bizarra por momentos. Esa noche sentía que había estado adentro de la televisión, era algo irreal, lo veía pero no sentía que lo había vivido. Para mí pasó todo en velocidad, fueron minutos. Cuando salimos de la casa, lo único que atiné fue a agarrar una cartera y meter los documentos, las billeteras, los teléfonos... como ves en las películas. En esos momentos no sabés qué hacer, ya no podíamos levantar nada; en un segundo teníamos el agua arriba. Ahora nos reímos porque fue gracioso la imagen: 'la inundada arriba del techo muy de carterita'".

Cayó la noche y pudieron regresar.

"Salía el agua de adentro con cosas, las íbamos tratando de agarrar". Ese día, Miryam perdió de todo: calzado, ropa, toallas, sábanas, fotos de su infancia, libros... todo lo que estaba de la cintura para abajo. El auto era para comprarse un terreno; "era lo único que teníamos a nuestro nombre. De repente nos quedábamos sin nada. La gente te dice 'son cosas materiales', pero son cosas que costaron una vida, que hiciste mucho sacrificio para tenerlas, por más de que sea material.

"En ese momento no te dabas cuenta. A nosotros venían y nos decían '¿qué necesitas?'; y contestábamos 'nada, estamos bien'.
No te percatabas del daño real de lo que había sucedido. Un día mi marido me sentó y me dijo 'vos no tenés qué ponerte en los pies, no tenés ropa, basta de nada'. Ahí caí; empecé a abrir los roperos y era todo barro, recién ahí empezás a tomar magnitud de lo que realmente pasó".

Esa noche, se quedaron en lo de una amiga, que vive más alto. "Bajábamos a cada rato porque todas las casas quedaron abiertas, todos tuvimos que romper algo para salir". Con otro vecino, hacían guardias de media hora para vigilar.

Los días siguientes, fueron los más duros. El agua tardó mucho en retirarse, durante varios días corrió por la calle, como si el río hubiese perdido memoria y no supiera por dónde volver a su cauce. "Mi casa ya no era más una casa, era la vereda, toda la calle era agua e inevitablemente tenían que pasar por adentro. No había más asfalto. Esto no era más mi casa".

"Durante un mes no salimos de acá. Mi marido no pudo abrir su negocio. Estuvimos 27 días durmiendo en otra casa. Nos llevó muchísimos días sacar el barro porque no teníamos agua potable, limpiábamos con el agua del río. Acá no llegaban las donaciones. Estábamos aislados, no podíamos cruzar al frente donde están las almacenes, no teníamos más movilidad; era un trastorno para la gente llegar hasta acá. En ese momento no teníamos plata, salimos con lo que teníamos en la billetera.

En mi casa hubo más de veinte personas paleando y sacando barro, gente que no sabíamos quién era; teníamos amigos que estaban acá de vacaciones y vinieron a ayudarnos. Cuando sacamos el auto lo tuvimos que desenterrar con dos chatas. Cuando logramos sacarlo toda la gente empezó a aplaudir".

Los días siguientes, Miryam comenzó a preparar bolsas con donaciones para los vecinos. "Venía gente que nos decía 'venimos del campo de deportes y vimos personas que se llevaban cosas y no eran afectadas. Decidimos traer las cosas acá". Su rutina había cambiado por completo. Despierta desde las cinco de la mañana, pasaba las primeras horas del día con su trabajo anterior, cuidaba a una nena que hoy ya es parte de la familia. Mientras tanto, seleccionaba las donaciones: dividía la ropa por edad y sexo, las juntaba con los alimentos, agregaba algún que otro elemento de limpieza y las bolsas estaban listas para ser repartidas. Al mediodía, preparaba la comida para todos los damnificados que se estaban alojando junto a ellos -en lo de su vecina- y se iba a su casa a limpiar, hasta altas horas de la noche. Así, una y otra y otra vez. "A veces ni comíamos, no parábamos; era algo de nunca acabar. Cuando parecía que ya habías terminado, encontrabas algo más para limpiar".

"Un día me encontré con todos mis cajones de la mesa de luz afuera. La gente pasaba por la vereda y ahí estaban todas mis cosas, mi ropa interior. Yo no me daba cuenta que si abría las puertas del placard seguía teniendo barro. Cuando entré vi que eran todos voluntarios de La Quebrada, habían decidido salir a ayudar, eran jovencitos. Me mató ver que gente que yo no conocía de repente tenían mi vida en sus manos. Agarré las cosas y las empecé a entrar. Metí todo arriba de la cama, me senté y empecé a llorar. Tengo la imagen de cuando abrí el placard. El 6 de enero había sido mi cumpleaños y mi marido me había regalado unas pantuflas que todavía las tenía en la caja. Saqué la caja toda embarrada y cuando la abrí era un bloque de barro. Ahí tomé conciencia de que todo era barro. Mucho tiempo estuve enojada con esa gente que me quiso ayudar.

Ese día me fui al psicólogo, sentí que caí. Estoy esperando cruzármelos a esos chicos y darles un abrazo. Después entendí que ellos en realidad lo único que hacían era ayudar sin pedir nada a cambio".

Recién a mediados de marzo, la pareja pudo volver a dormir en su hogar. Cuando regresaron, sólo habían podido dejar como nueva la habitación. Todos los días, apenas asomaba el sol, sacaban los muebles a la vereda para que se sequen y los entraban a la noche. "Era un caos".

"Cuando mi marido volvió a trabajar yo me sentaba en un tronquito que no sabemos de dónde apareció. No teníamos rejas, no teníamos jardín, no había luz, era todo tierra. Era el único momento en que podía encontrar para llorar. Veía mi casa y no era más mi casa. Mi paisaje no era mi paisaje. Yo estaba vestida de una forma que jamás me hubiese vestido, porque no me quedaba otra. Te ayudaban, pero no volvía a ser tu casa.

Son pavadas, pero son cosas que hacen a tu identidad".

Hoy, a un año de aquél 15 de febrero, la vida de Miryam ya no es lo que era. "Siempre fui muy tímida, de callarme. Siento que el agua me sacó de mi termo, me convertí en una persona que jamás me hubiese imaginado que iba a ser; movida por la desesperación, por el deseo de justicia, de que no me vuelva a pasar ni a mí ni a nadie". Parte de la Asamblea Sierras Chicas, se ha reunido con políticos y gobernantes, en busca de justicia. "A mí lo que me hace hacer el duelo es la lucha. Yo no puedo quedarme en mi casa sabiendo que esto puede volver a pasar. Necesito salir a hacer algo. Trabajo mucho para eso, trabajo tanto que me consume otros ámbitos de mi vida. Me estresa, me hace mal, llega un momento en que me agoto... pero si no lo hago, creo que no podría vivir".

"Todos los días vos te encontrás con algo que te trae un recuerdo, es inevitable. Las primeras jornadas eran muy fuertes. Ahora te pasa en lo cotidiano, alguien dice 'se me rompió la olla' y vos pensás 'sí, yo mis ollas las perdí en la inundación'. Ya ni siquiera lo comentás, pero es que todos los días algo te lo recuerda. Si no es el miedo de la lluvia, es lo cotidiano... estás buscando algo que no encontrás y después pensás 'me lo debe haber llevado el agua'. El daño material te termina haciendo un daño moral.

Es falta de empatía. Me cansé de hablar con gente que me dijo 'bueno, ya estás monotemática'. Sí. Y tengo miles de temas para hablar, pero si yo no hablo de esto, no voy a poder hablar de más nada, porque la próxima inundación me mata. Algunos me dicen 'si esto no va a volver a pasar en sesenta años'. En sesenta años van a estar tus hijos, tus nietos ¿no te importa? Sentís que tenés que convencer al otro para que te ayude en la lucha. No quiero que me des algo, quiero que tomes conciencia de que como me pasó a mí, le puede pasar a cualquiera, porque a lo mejor tu hijo en ese momento estaba cruzando un vado, o estaba acampando, o saliste a hacer las compras y el río se llevó tu auto con vos adentro.

En el camino te encontrás con gente que está haciendo su duelo, que se tomó el tiempo de angustiarse, de caer. Nosotros, todos los que estamos en la lucha, no nos tomamos ese tiempo. Por ahí hay cosas que de repente te hacen bajar, pero enseguida tenés que salir a flote de nuevo, porque hay mucho que hacer. Este duelo va a ser muy largo; pasó un año y todavía nosotros no nos acomodamos. Llueve y la gente me llama para ver si sé algo. Nos convertimos en referentes y es una carga muy pesada. Tenés que contener gente, pero vos también necesitas contención, porque a vos también te pasó.

Agradecemos que pasó un domingo, que eran vacaciones -no había clases- y que era de día; porque si esto hubiera pasado de noche hubiésemos sido mucho más los muertos. Nosotros estaríamos muertos porque dormimos con las ventanas abiertas. Nos hubiera entrado el agua, nos hubiese volteado la puerta. En el momento no te das cuenta, pero después cuando lo pensás, cuando lo revivís, cada vez que lo contás; te das cuenta que estuviste de cara a la muerte. Yo estoy convencida que nosotros tenemos una misión".

"No es justo. No es para nada justo. Creo que la próxima vez que la gente se inunde va a salir a matar gente. Porque tuviste un año para hacer obras, y no hiciste nada ¿Qué quieren? ¿Qué el río borre toda la línea para después hacer todo country? ya no sabés qué pensar. Schiaretti anunció el gas. ¿Para qué quiero gas? solucioname el problema así yo me quedo a vivir acá y te pago el gas, porque si no me voy a ir a la mierda.

Lo primero que pensé cuando bajé del techo fue 'esto lo van a pagar'. A mí nadie me avisó que me fuera de mi casa. Siempre vivimos en esta casa y recuerdo que cuando había creciente, pasaban los bomberos avisando que saliéramos. Si alguien nos avisaba yo me ahorro ocho horas encerrada tratando de salir. Lo mío fue leve ¿y la gente que tiene niños? ¿La gente que murió? Si a nosotros nos hubiesen avisado que saliéramos de nuestras casas no hubiese habido muertos. No fue un 'tsunami del cielo', esto se podía haber evitado si el dique hubiera estado bajo. Hasta que no estén todos presos no voy a parar".

Desde la Provincia, solo les dieron $21.000. "La reja me salió 28.000 "encima vinieron y me dijeron '¿y arreglaste el techo? ¿Arreglaste la cochera? ¿Arreglaste la reja?'. No sé cómo quieren que lo haga. Lo hacemos a pulmón. No hay para pagar mano de obra.

¿De qué me sirve a mí arreglar mi casa si me va a volver a pasar? ¿Me van a vivir tapando a cheques?".

Pasó un año y llegó la época de lluvia, una vez más. "Llueve y nos queremos mudar. No dormís, literal. Si es de día la piloteás porque estas todo el tiempo mirando; pero de noche te turnas. Yo no puedo irme a dormir, necesito estar viendo qué pasa.

Mi marido está pensando en comprarse una 4x4 para salir a rescatar gente cuando nos inundemos. Te cambia la visión de la vida. Te cambia tu proyecto de vida, inevitablemente. Después de eso yo ya no quise más tener un hijo; yo no puedo tener un hijo mientras siga viviendo en esta

casa, porque no puedo darle seguridad; nosotros no tenemos seguridad. Psicológicamente nos va a costar mucho recuperarnos".

Capítulo 5

Capítulo 6

RUBÉN

"Era increíble la sensación que había en la calle. La tristeza, el miedo, la bronca, la impotencia. Ver una nube y no saber qué iba a pasar. Las llamadas seguían entrando, las casas se iban cayendo... y había que seguir. Una y otra y otra vez. Durante mucho tiempo se habló de eso. Era inevitable, no había otro tema de conversación. Yo huía de las conversaciones; no podía sostener una charla sobre el tema".

Rubén, Bombero voluntario y vecino.

"Todas las cosas malas que pasaban en el pueblo, pasan cuando me toca a mí"; está convencido Rubén, quien esa semana estaba a cargo del cuartel de Bomberos Voluntarios de Río Ceballos.

Ru, como lo conocen en la zona, está acostumbrado a tratar con la muerte. En su trabajo como rescatista, se encuentra a diario con este tipo de situaciones; sin embargo, lo que ocurrió el 15 de febrero fue diferente.

Esa noche, el cuartel tuvo treinta y dos intervenciones; nada que no ocurra ante una tormenta. Mientras se encontraba trabajando en Córdoba, Romina le informaba cómo estaban las cosas en Río Ceballos. "Si bien la lluvia era inusual, siempre hubo energía eléctrica y señal de celulares". Guiándose por el vado de la esquina, "un gran indicador" según Ru, su esposa lo alertaba. "Se quedó un auto, hubo un accidente". Seguían siendo hechos cotidianos ante un diluvio.

A la mañana siguiente la lluvia cesó y los bomberos de turno retornaron a sus hogares a descansar. Rubén recién salía de trabajar, miró el cielo y seguía nublado. Cuando llegó, ansioso por descansar, sonó el teléfono: había vuelto a llover. "Me llamó la guardia y me dijo que había un par de solicitudes de servicio; una casa a la que le estaba entrando agua, un auto que se empantanó, un árbol caído, lo habitual ante una tormenta. Me asomé por la ventana y llovía mucho… pero mucho. Era una cortina de agua, me costaba ver del otro lado de la vereda".

Preocupado, intentaba entender qué era lo que estaba pasando; pero supuso que no era grave, después de todo, el Servicio Meteorológico no había emitido ningún alerta. "Me volvieron a llamar. 'Ru, entraron cuatro o cinco llamadas cada cinco o seis minutos'". Algo pasaba. Inmediatamente,

se cambió y salió hacia el cuartel. Las posibilidades de dormir un par de horas se habían esfumado.

El pequeño y calmo arroyo de la esquina ya había desbordado. Tratando de no pensar, siguió calle arriba. Media cuadra más adelante, el camino se había convertido en un río que bajaba con fuerza hacia donde estaba él; sin embargo, aún se podía caminar, haciendo un poco de esfuerzo. "En ese ínterin subí la foto que Romi me mandó e hice el único alerta que hubo en todo el corredor, a las 9:52 de la mañana, donde informé que era una lluvia inusual y algo estaba mal. No quise poner más porque no había más información. El único servicio oficial es el Servicio Meteorológico Nacional, ellos nunca publicaron nada, nunca hubo un alerta".

"Ya va a parar" se repetía una y otra vez. A los pocos minutos, pasó un colectivo urbano '¿Qué haces en la calle, demente?'. No se veía nada. Cuando lo reconoció, el chofer lo acercó hasta el cuartel.

"Llegué y vi la cara de la centralista, desencajada. Los teléfonos sonaban y sonaban sin parar. Se filtraban las llamadas, vos levantabas el teléfono y tenías dos personas hablando al mismo tiempo. Sonaban las dos líneas, sonaban los corporativos de la guardia, de la central, de la Provincia, le sonaba el celular personal de ella. Ahí comencé a comprender que algo estaba por fuera de lo normal. No es la primer tormenta ni es la primera vez que tenemos veinte o treinta salidas en un diluvio. Algo estaba realmente mal.

Lucrecia me miró y me dijo 'Ru, tengo un lío'. Yo veía que entraban las denuncias y ya no podía anotar, aparte del ruido de la tormenta -muy eléctrica- no se escuchaba nada".

El cuartel se estaba empezando a inundar. Al estar en una loma, el agua que bajaba hacia las calles del centro pasaba por el medio del edificio. Sus compañeros empezaron a poner algunos elementos en altura para evitar que se mojaran.

Mientras evaluaba la situación, "Nos llamó por teléfono Defensa Civil diciendo que se dirigía un móvil de la Municipalidad al Dique La Quebrada a intentar abrir las válvulas. Salió una camioneta con cuatro personas y la caja llena de vallas. Iban a ir subiendo y cerrando los vados hasta llegar a intentar abrir las válvulas. Había que romper una puerta porque esa llave la tiene Hidráulica de la Provincia, no tiene jurisdicción la Municipalidad en eso. Con esa información confirmada, avisé a bomberos de Unquillo y Mendiolaza que la creciente iba a llegar de la apertura del dique. La llamada duró un minuto veintitrés segundos, tengo los registros.

Intenté comunicarme con la prensa; avisé a Radio Turismo de Río Ceballos.

Cuatro kilómetros antes les avisaron que arriba había una crecida gigante y no iban a poder ir hasta el dique. Nunca pudieron llegar".

La falta de comunicación estaba comenzando a ser un problema grave. Si el objetivo se cumplía, el desastre hubiera sido mucho peor. "No había información de qué pasaba, de cuánto había llovido. No había registros, nadie nos decía nada, nadie nos llamó. Pasaron hechos que son casi imposibles de describir desde el punto de vista físico y meteorológico. Son eventos que no podrían haber pasado seguidos, uno después del otro. La teoría te dice que no puede después de una tormenta inmediatamente venir una más fuerte, es al contrario, después de una tormenta, viene una más tranquila porque ya descargó".

El cuartel necesitaba más bomberos, los teléfonos seguían sonando y las manos no alcanzaban. Cuando logró comunicarse con los compañeros que habían ido a descansar, ya no podían llegar, estaba todo inundado. No tenía refuerzos y no daban a basto.

"En un momento entró una solicitud de un Renault 12 celeste que estaba siendo arrastrado con una familia a la altura del puente amarillo, en el centro. Supuestamente, el que está a cargo no puede salir a la escena porque perdés la noción y el comando con todas las acciones a seguir. Ante la imposibilidad de conseguir más gente y la denuncia de este auto, armé un móvil y salí.

Quisimos entrar por la calle de la esquina del cuartel y el puente no se veía. Fuimos por la Terminal; en el puente, que es alto, el agua pasaba dos metros por arriba. Nos volvimos. Subimos por la calle Além como si fueras hacia el Camino al Cuadrado, entramos por la calle Sarmiento; era un río esa avenida ¡y el río pasa lejos!

Ya había un metro de agua, veíamos casas derrumbadas, la gente nos hacía señas y nosotros íbamos a una misión puntual, no podíamos parar. Llegamos al otro lado del puente y quisimos bajar al punto de la denuncia. Ya no se podía. El puente central había desbordado de punta a punta sobre la calle, los negocios estaban derrumbados, no se podía pasar. Dimos la vuelta y del otro lado del puente, agarramos una calle secundaria, por donde salimos cerca del Cristo de Ñu Porá a intentar rastrear a esta gente.

Seguíamos bajando y todo el mundo pedía ayuda. Desde la central me decían 'Ru, no puedo seguir recibiendo llamadas, los teléfonos se colapsan, tengo cuatro o cinco personas hablando en la misma línea, no

entiendo nada'. Se cortaban las líneas, se cortaban los teléfonos, era muy eléctrica la tormenta. Mandé a llamar a los Bomberos de Unquillo y de Salsipuedes 'que nos manden todo lo que tengan'.
Cuando pudieron comunicarse con ambos, ellos estaban peor que nosotros.

Veías más allá y había alguien agarrado de un árbol, otro agarrado de una pirca, un nene arriba de un techo solito que gritaba desesperado. Mientras intentábamos ver cómo sacábamos a ese nene encontramos una señora agarrada de un pilar; se había derrumbado todo y había quedado ella agarrada de ahí. La sacamos como pudimos. Nos volvimos, sacamos gente de un auto.

A todo esto un compañero que intentaba llegar al cuartel avisa por el handy que es arrastrado por la corriente en su auto; cero códigos, ya con mucha informalidad.

¡Ayúdenme! me lleva el agua... me lleva el agua ¡¡¡ayúdenme!!!

-¿Dónde estás? ¡No te veo!

-En Ñu Porá

-Estoy en Ñu Porá ¡no te veo!

-No sé, acabo de pegar contra un árbol ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Ya lloraba, gritaba, se lo escuchaba golpeado. 'Estoy golpeado, sangro'. Y de repente, no lo escuchamos más".

Mientras lo buscábamos a él, nos avisaron 'acaba de pasar una Traffic blanca'. Una señora nos dijo 'con doce personas'.
Volvimos y entramos por otra calle. '¡Ahí pasó la camioneta! ¡Ahí pasó la camioneta! ¡Hay una nena!' gritaban todos desesperados. La vimos pasar entre el agua y los árboles, porque a todo esto ya no había calle, no había río, no había casas. La corríamos, la corríamos, la corríamos.

En una parte, el agua se alivianó y dije 'bueno, nos tiramos, tienen que estar acá'. En mi uniforme siempre tengo un tramo de ocho metros de cuerda. Me lo até a la cintura y en un momento estúpido, me tiré. Calculé que le iba a poder ganar, pero no; toqué el agua y me llevó. Mi compañero me agarró la cuerda y yo me sujeté al poste de un cartel. No podía apoyar los pies en el suelo de la fuerza que tenía el agua. Cuando

pude bajar una pierna, me apoyo y de un tirón me sacaron.

Seguíamos corriendo, saltábamos pircas, nos metíamos por adentro de las casas. Los vecinos nos decían que la mujer y la nena gritaban por la ventana. En el puente Güemes, una gente nos vuelve a decir 'iAhí pasó la camioneta! Metansé por acá'. Entramos por una casa enorme, con unos ventanales que daban al -ahora- río. Saltamos por esos ventanales y nos metimos. Entre unos árboles vimos un Renault 12 de punta, clavado en un árbol. Mi primer análisis fue 'si el auto pegó ahí, la Traffic también'. Nos metimos. Pisabas y te hundías.

Decidimos volver, no pudimos llegar a ver si había personas en el auto; la gente nos decía que en ese auto no había nadie y que ellos vieron pasar la Traffic.

Nos agarró la desesperación, ya no había más calles por donde meternos. Nos tirábamos al agua, sin equipos, sin cuerdas, sin nada. Nos arrojábamos a que el río nos llevara y nos agarrábamos un poco más allá. La gente nos repetía 'la nena gritando por la ventana'. Había casas derrumbadas, personas llorando.

En un momento en que nos tiramos sentimos el chirrido de los postes cayéndose y los cables que silbaban y caían al lado nuestro; teníamos que volvernos a sacar a toda la gente. De repente sentimos un bramido. Miramos para un costado y era una nube de humo, venía una segunda oleada, era la tercer crecida. Arrastraba árboles, camiones, camionetas, heladeras, roperos, camas, autos, techos, paredes enteras, casas prefabricas, heladeras de carnicería, mercadería, ropa, juguetes, bolsas ¡Hacía un ruido! No podíamos escucharnos entre nosotros; corríamos, corríamos y corríamos.

A todo esto, teníamos que buscar a nuestro compañero, que habíamos perdido total comunicación; en un minuto en que vuelve la señal me llegó un video de mi esposa, el agua estaba entrando a mi casa. En ese momento me llama mi jefe desde Córdoba. 'calmate un minuto Ru'. Yo tenía la voz de desbordado, no podía contra la situación. 'Calmate, tu gente tiene que volver toda, al que se lo llevó el agua, bueno. Pero no te vas a matar vos ni vas a matar a los chicos si ya se los llevó'.

-¡Pero a Iván se lo llevó el agua!

-Confiá en Ivan, en su instinto, en sus conocimientos... Confiá.

El segundo jefe, apenas llegó al cuartel nos pidió que todos retornemos a la base, para reorganizarnos. Habían llegado muchos de los chicos, era un caos total, nunca pudimos contar cuántas llamadas hubo, había que priorizar qué íbamos a ver y qué no. Llamaba gente que estaba en los árboles, en los techos, en los autos, encajada en algún lado. Entraban denuncias de gente extraviada para el lado de la Cascada de los Hornillos. Estábamos solos. Había que volver.

Buscando un camino de retorno, dijimos 'peor que esto no puede estar' y comenzó a haber viento. Ahí nos asustamos. Si a todo esto le sumabas viento ¿qué iba a pasar? Frenamos y nos quedamos todos callados, nadie hablaba.

-Muchachos, no me siento bien, quiero ir a mi casa -dijo Rubén.

-Llamemos a base, que vaya alguien

-¿Por dónde? -comentó uno de ellos

-Quiero ir a mi casa, quiero llorar -culminó.

Nos bajamos todos, en medio de la lluvia. Me senté en una piedra y me puse a llorar. Nos dimos un abrazo, pero había que seguir. Lo que me hizo mal era la incomunicación. No poder saber no me dejaba pensar.

Cuando volvimos al cuartel las cosas estaban peor que cuando nos habíamos ido. El agua salía del techo, de las paredes, entraba por la calle, caía de las paredes de los dormitorios. Había gente que por miedo se iba de sus casas y los chicos los llevaban al cuartel. No teníamos nada para darles, ni un lugar seco ni siquiera.

Nos metimos en la cocina los que íbamos a coordinar, nos sentamos en el piso a ver cómo íbamos a hacer, cómo íbamos a encarar la situación. Tomamos al rescate de las personas como prioridad. Yo les decía de la Traffic... 'la nena iba ahí'. Dijimos que nos íbamos a abocar a la búsqueda de ella y de Iván, que seguía sin aparecer.

En un momento, antes que se cayera el teléfono fijo, Iván llamó. El agua destrozó el auto contra un árbol, él fue arrastrado por la corriente y terminó en el patio de una casa, con fracturas. Nos dijo que estaba bien, que la gente lo estaba cuidando. Él lamentaba la pérdida de su auto y todo el equipo de rescate acuático que llevaba. Fue un alivio saber que él

estaba vivo.

Intentamos reorganizarnos para buscar la Traffic. Cuando quisimos volver al lugar donde estábamos antes, ya no se podía llegar; el agua había roto las calles.

Las llamadas seguían entrando. Cuando me pude comunicar con Romina me contó que tuvo que abrir la puerta de atrás para que el agua entrara y tuviera por dónde salir. Eso me trajo mucha tranquilidad, pude intentar volver arrancar de nuevo.

Eran las dos de la tarde o tres. Conformamos con Defensa Civil un comité de emergencia para que las tareas sean coordinadas. Los jefes determinaron que tenía que ir a la mesa operativa, pero yo me había cegado en que todos se centraran en buscar a la Traffic. No teníamos datos, no sabíamos cuántos eran, no sabíamos quiénes eran. Sólo me había enceguecido en buscar a la camioneta.

Empezaron a aparecer los reportes de que encontraron un cadáver acá, otro más allá. Nos avisaron que había gente que había saltado del automóvil. Tenía la esperanza que todos hubieran saltado.

El marido de Nilce, papá de Evelyn, informó la desaparición de su esposa. Al rato, encontraron un cadáver en barrio Loza, frente a la Shell, enterrado. Era la madre de la pequeña. Fue una muy mala noticia. La nena estaba en la misma condición, desaparecida.

Seguían entrando denuncias de personas desaparecidas, producto de la incomunicación. Llegaba gente corriendo diciendo que faltaba la mamá, el vecino, que faltaba esto, que faltaba lo otro. Después iban apareciendo de a uno, de a grupos.

Teníamos la esperanza de que la nena, por ser menor, hubiera tenido otra chance. Después la encontraron y nos avisaron que estaba, contra una piedra y unos árboles, lo que quedaba de la nena. Con la mala suerte que el bombero que la encontró era vecino de ella, su hijo era compañerito del jardín. Ahí no pude seguir. Ya no sé ni qué hora era.

El bombero que la encontró me llamó a mí. Ya había gente de la Provincia acá. Se dispuso el operativo para recuperar el cuerpito, eran entre las seis y las ocho. Un rato antes habían encontrado el cadáver del placero contra un árbol y lo que había sido una pared.

Yo asumí la responsabilidad de la búsqueda y el intento de rescate de esta gente y no pude. Me dejó casi fuera de combate. Me sentía inútil, porque no importa lo que hacía, no funcionaba.

Uno nunca quiere que la gente se muera y menos que sean niños. Asumí la responsabilidad y de verdad quería encontrarlas. Me dio mucha bronca no poder hacerlo. Yo imagino la desesperación de ese papá cuando le dijeron que encontraron el cuerpito de su hija.

Yo de verdad lo intenté. De verdad lo intenté.

El operativo era mi responsabilidad. Sé que no había mucho más para hacer de lo que hice; y eso te da más bronca. Yo me enojo, no sé con quién, pero me enojo. No es la primera vez que estoy con muertos, ayer en el trabajo tuvimos tres. Pero sentí que estuvimos tan cerca, eso me da bronca".

"En el medio del lío llegaron los bomberos de La Granja, no sé ni por dónde entraron si estaba todo cortado. Cuando no pudieron avanzar más, se tiraron con los botes al agua, sin conocer el río, sin conocer nada, vieron el desastre que era esto y simplemente se tiraron. Algunos iban en los móviles hasta donde podían y después caminaban; había que llegar como se pudiera.

En un momento empezaron a llegar bomberos de todos lados. De Embalse, de Santa Rosa de Calamuchita, de Río Segundo, Bell Ville, Alta Gracia, San Agustín, las Patrullas del Río, el GES. A todo esto Unquillo estaba mal, Mendiolaza peor, Villa Allende peor. Comenzaron a llegar bomberos de Carlos Paz, de Malagueño, Calera, Saldán, Oncativo, Toledo, Ballesteros, de Río Cuarto. Llegaban y llegaban y llegaban.

Nosotros no teníamos equipos de rescate acuático, los estábamos empezando a formar por nuestra cercanía con el dique. Imaginate, qué ibas a pensar que después de siete años de sequía iba a pasar esto. Llegaban con botes especiales, con kayak especiales. Se tiraban y sacaban gente, sacaban gente, sacaban gente.

"Había tanto para hacer, tanto" recuerda Ru, mientras continúa su relato. "En un momento llamé a mi jefe, ya a la tarde noche y le dije 'sacame de acá'. Llegué a mi casa a la mañana del otro día. Necesitaba parar. Estuve un rato, me cambé de ropa y volví. Ya estaban las versiones de que había cientos de muertos. La gente que nos llamaba y nos decía 'sentimos olor a podrido en tal lado' y allá íbamos a comprobarlo y muchas veces era un animal. Cuando

encontrábamos ropa e íbamos a revisarla, te corría un sudor frío. Pero era sólo ropa. La búsqueda se centró en la recuperación de cadáveres, que nunca los hubo. Recorrimos la zona de puente a puente, habíamos zonificado todo Río Ceballos; íbamos por grupos. Después, la zona 1 iba a la 4 y así, para poder ver lo que quizá un grupo no había visto.

Yo intentaba acallar esos rumores. Nosotros acá, si ella no se puede comunicar con su mamá y la última noticia que tenemos es que estaba cercana a una situación de riesgo, y bueno, uno iba a reclamar ¿Qué no tenían familia todos esos muertos que nadie reclamó? ¿Nadie los conocía?

Mi pregunta siempre fue '¿entonces quién los sacó? ¿Dónde están? ¿Están enterrados o en un baúl?'.

Supongamos que a la madre de ella se la llevó el agua el día de la tormenta, apareció el gobierno, le puso una tonelada de plata y ella calla la boca ¿Pero a la madre de ella no la conoce más nadie? ¿No tenía vecinos? ¿No tenía más familiares?".

"Llegué a Barrio San José dos o tres días después. No sabía cómo estaba allá, había escuchado, pero no lo había visto. Hasta que no lo ves no te das cuenta.

La gente llegaba a buscar ayuda con frío, con hambre...". A los pocos días, el cuartel se había convertido en un centro de distribución de donaciones donde colaboraron hijos, esposas, hermanos. "Por suerte conté con mucho apoyo de mi familia, Romina me acompañó muchos días al cuartel, estaba a cargo de las donaciones. Se quedaba horas, desde temprano a la mañana hasta últimas horas de la noche. Era venir a casa, descansar un rato y a la madrugada irse para allá de vuelta. Eso me hizo bien. A todos nos hacía bien. La familia de muchos chicos fue a trabajar. Había mucho miedo en la calle. Saber que tus seres queridos estaban ahí te ayudaba a trabajar. Si pasábamos por la esquina del cuartel, todos bajábamos a ver si había alguien de la familia. Saludabas y había que seguir. Eso nos sirvió mucho a todos".

Ese martes, por la noche, Rubén volvió finalmente a su casa, con Romina y su hija Camila. Sin embargo, su cabeza no lograba calmarse. Lo que había vivido esos últimos tres días lo habían golpeado muy duro.

Cuando se cansó de intentar dormir, se cambió y salió una vez más hacia

el cuartel. "Pasé por la sala funeraria, las estaban velando. Y entré.

Me hizo bien. Había mucha gente, era de madrugada. Me daba vergüenza, primero no quería entrar; aparte estaba uniformado. En la sala principal estaban la nena y la mamá. Me quedé un rato, me desahogué; sentí como que me descargué, necesitaba despedirme, aunque no las conocía.

Cuando salí vi que un hombre me encaraba, yo ya me esperaba cualquier cosa. Era el tío de ella. Me abrazó y me dio las gracias; esto estuvo bueno, eso estuvo muy bueno. Salimos y nos sentamos en la vereda. No hablábamos. Le pregunté por el padre, no sabía si me iba a animar a verlo. Me dijo que recién se iba.

Charlamos un rato, le pregunté a qué jardín iba, cómo era ella. Después salió una mujer, que era una tía de la mamá. Ella no me dijo nada, simplemente me abrazó. Y se fue.

Ahí me quedé un rato, sentado en la puerta. Me hizo sentir mucho mejor, pero había que seguir".

Con el apoyo de Romina y el cariño de su hijita, Ru fue saliendo adelante. Con cada lluvia, Cami pregunta si va a morir. "Se asustó muchísimo. Cuando ve que me cambio para irme, llora y pregunta si va a volver a pasar". De un lado a otro, va controlando de ventana en ventana el cauce del río.

En los días siguientes a la inundación, la pequeña contó sus ahorros y decidió comprar algunos elementos de limpieza. Cuando llegó al cuartel, los separó del resto de las donaciones; ella quería elegir a quién dárselos. Y así fue. Hoy Cami crece entre sus padres y su perro, rogando que no vuelva a llover.

Capítulo 7

SILVIA

"Se lo tragó como si todo fuera de papel" .

Silvia, Los Cigarrales.

Impotencia es la palabra que lo resume todo. La noche del sábado, Silvia y su familia disfrutaban de los corsos de Unquillo, cuando comenzó a llover sin parar. El festejo estaba tan divertido que sólo aceptaron irse cuando se cortó la luz, cerca de las dos de la mañana. "Llega un momento en que se pierde la noción del tiempo".

Silvia es maestra y en su memoria aún no logra ordenar las fechas de las anteriores inundaciones. En 2000, 2007, 2010 y 2013 hubo desbordes, pero el río sólo entró al patio.

En aquél entonces, su jardín era verde, con una frondosa cortina de árboles que bordeaba el arroyo a veinte metros de la galería de su casa.

Esa noche, mientras regresaban a su hogar, notaron que la banquina ya no se veía. "Manejabas de memoria, el limpiaparabrisas no bastaba". Como pudieron y a escasa velocidad, la familia Soto recorrió los escasos cuatro kilómetros que unen el centro de Unquillo con Los Cigarrales.

Cuando llegaron a su casa, en la intersección de la calle 6 y Las Mercedes, las arterias de tierra ya eran de un barro espeso, difíciles de transitar. En medio del diluvio, ataron el auto a una de las columnas de la galería, presintiendo que el río podía llegar a desbordar.

Desde esa hora y hasta las cinco y media de la mañana, pasaron la noche en vela, controlando el río, como si una mirada fija pudiera frenar semejante furia. Cerca de las seis, Silvia se asomó por última vez a la ventana. "Se escuchaba terriblemente ruidoso: señal de creciente. El río ya había pasado la esquina cubriendo una cuarta parte de la cuadra siguiente y acá daba justo al borde de la pirca de atrás". Sin embargo, había dejado de llover. Confiados aunque aún temerosos, se fueron a descansar.

La familia estaba desparramada. Agustina, una de sus hijas, había decidido quedarse en lo de un amigo, en Unquillo. "Le entraba el agua que

bajaba de la loma y cruzaba toda la casa, ingresaba por la puerta de atrás y salía por la de adelante. No había forma de sacarla de la cantidad que era". Preocupada, logró que la lleven hasta su hogar. "Cuando estábamos llegando el auto flotaba".

Otra de sus hijas, Victoria, durmió en lo de su novio, cruzando la ruta, en una zona más alta. Ricardo, su marido, había viajado a Formosa por trabajo. Desde allí iba recibiendo las novedades de la lluvia.

En la vivienda quedaron Silvia, su hijo menor, sus familiares de La Pampa y unos amigos que no pudieron regresar a Córdoba por la fuerte tormenta. "Llovía, paraba, llovía, paraba y así... estábamos muy intranquilos".

Pasó la noche y con apenas cuatro horas de sueño, en la casa de los Soto ya estaban todos arriba. A decir verdad, nadie había podido dormir. Mates van, mates vienen, sus amigos se volvieron por fin a Córdoba Capital. Luego de despedirlos, Silvia se asomó nuevamente a observar el río. Parada en la ventana, estaba segura que la creciente vendría. "Yo les decía 'ya desborda, ya desborda' y los pampeanos, como no tienen el río tan cerca de su casa y no tenían idea de cómo es la situación me decían 'no seas exagerada'. Yo estaba tan angustiada, sabía que algo iba a pasar pero nunca pensé que tanto".

El teléfono marcaba las 12.40 del mediodía cuando llegó un mensaje. Sus amigos ya estaban en Córdoba. En ese mismo instante, el río desbordó. "Fue muy impresionante. Es como si vos vieras una pecera y el agua queda detenida, sube y cae. Como una cortina que subió, cayó y rebalsó para este lado. No escuchábamos, era increíble el ruido". A los pocos minutos, ya estaban todos arriba. La casa de la familia Soto es una de las pocas de la cuadra que cuenta con un primer piso. Eso los salvó.

Florencia, su hija más grande, vive en una pequeña casita justo al lado de su terreno. Fue una de las primeras en subir corriendo, con su bebé en brazos. A lo lejos, veía cómo su marido seguía intentando salvar muebles.

"Fue cuestión de minutos. Lo único que alcancé fue a levantar ropa del tendedero, entré a los gritos viendo como mi hija llamaba desesperada al marido para que viniera. Desenchufamos el tele y cuando nos damos vuelta la heladera ya se había caído. En cuestión de diez minutos el agua había entrado a la casa". Cuando Silvia miró por la venta vio algo poco usual. "En un momento vemos como pasaba un auto con una casilla rodante como si fuera un barquito de papel, exactamente igual; se hundía

el vehículo, subía la casilla y viceversa".

"Vi cómo entraba la mancha de barro por la puerta. Esa imagen me da escalofríos".

Unos meses antes, se mudaron a la casa contigua una pareja con su hijito. Fueron los primeros en llegar. "Esa madrugada ellos andaban cuidando el río, eran nuevos. Les dije que tengan cuidado porque si crecía, les iba a entrar agua a la casa. 'Cualquier cosa vénganse'.

Me queda la imagen de la chica viniendo con el nene de unos cuatro años, llorando, toda mojada, embarrados, preguntando si podían entrar". Mientras el agua subía, él veía como se iban yendo todos sus juguetes. "Ahí va mi pelota, ahí va mi pileta". Cuando el agua tapó su hamaca, en el medio del patio, se puso a rezar. "Ángel de la guarda, dulce compañía...".

Apenas desbordó el río, el vecino de enfrente cruzó a darles una mano, sin imaginarse que el agua iba a llegar también a su casa; y a la de atrás, y la de más atrás, hasta las de la ruta. No pudo volver a cruzar la calle. En su hogar había quedado su mujer, sus dos hijas pequeñas y su suegro. "El agua subía, subía, subía y él no podía cruzar; no había forma, era tanta la fuerza que traía... En un momento les empezó a entrar por la ventana. El chico se había puesto en cuclillas, tapándose la cara, no hablaba, estaba inmóvil. Cada tanto de levantaba, se descubría los ojos, miraba y se volvía a tapar la cara". En su cabeza se imaginó lo peor. Varias horas después, en uno de los momentos de curiosidad por saber qué era lo que estaba pasando afuera, pudo dilucidar a su mujer haciéndole señas desde el techo de una vivienda, unas cuantas casas más allá. "Recién ahí pudo enderezarse, mirar alrededor y hablar".

Al lado vivía otra pareja. El hombre pasó quién sabe cuántas horas con su bebé de un año sostenida sobre su cabeza, con los brazos extendidos, acalambrados, rogándole a Dios que el agua no la alcanzara. "Pidió morir primero para no ver a su hija morirse".

Un poco más allá, llegando a la esquina, donde el arroyo hace una curva, dos vecinos estuvieron más de cinco horas sobre un pilar de luz, corriendo riesgo de electrocutarse.

En el primer piso de los Soto, eran diecisiete. A los que estaban, se había sumado un bombero que pasó en el momento de la crecida y no pudo salir más. Al fondo de la casa, se escuchaba como iban cayendo árboles de todo tipo, con un ruido ensordecedor. "Crujían como cuando cortas una ramita pero multiplicada por trescientos del estruendo que hacían". Al poco tiempo que el río creció, el vado de la esquina se tapó con los

árboles caídos y todo comenzó a trabarse allí. "Pasó un freezer grande ¡venía con una fuerza! Se dio contra los árboles y saltaron astillas, no quedó nada".

Desde arriba el paisaje era desolador. "Veíamos cómo el agua subía, subía, subía y no paraba de subir, no sabíamos en qué momento iba a parar. No había forma de ayudar a nadie ni que nadie nos ayudara. Éramos nosotros y la nada misma, pensando en que en algún momento alguien nos iba a venir a salvar", se ríe.

En el extremo derecho del patio estaba el galpón de su marido. Hoy, sólo quedan algunos restos de pared. "Veíamos cómo salían las herramientas, las reposeras... Todo se iba flotando como simples papelitos. Cuando nos dimos el cuenta, el agua no entraba y sacaba cosas, sino que ingresaba y pasaba de largo. Hacía mucho ruido, se iba a caer. De pronto se sintió como un crujido fuerte y vimos como colapsó. Se lo tragó como si todo fuera de papel.

No nos quedaba nada. Teníamos la casa y atrás ya no había más nada. Todo era río, furia, fuerza, agua, barro... Cualquier ruido era destrucción y vos no sabías qué ocurría abajo. Pasaron tantas cosas; autos, muebles, árboles, pedazos de casas. Lo único que yo le pedí a Dios era no ver una persona. En un momento pensé 'llega a venir un árbol y le da a la casa, caemos y nos morimos todos'.

Fue una experiencia muy dura, muy triste, que todavía duele y va a seguir doliendo por mucho tiempo, porque no es fácil ver cómo todo lo que vos en tu vida hiciste, trabajaste, ahorraste, se te va. Es muy terrible no tener garantías de tu propia vida, porque nosotros estando ahí arriba no sabíamos si viviríamos ¿Y si la casa se caía? Ver a tus hijos y no saber si dentro de un rato íbamos a estar, fue muy duro. En el caso de una madre de familia, que yo me muera, sería lo de menos. El tema son tus hijos, verle la carita a tu nieto y no poder garantizarle su futuro. Todo lo que es material, vos sabes que de última algo recuperas, pero estar de cara a la muerte, eso es imperdonable".

Al otro lado de la ruta, Florencia intentaba llegar a su familia. Le habían avisado que en Los Cigarrales estaba todo inundado por completo. Cuando se asomó, los bomberos intentaban sacar de los techos a las familias que viven a la vera del camino intermunicipal. Era imposible pasar.

-¡Pero mi familia está allá! -rogaba.

-¿Dónde? ¿En qué parte?

-En la calle 6 -aseguró.

-No, pará... de la calle 6 ya no queda más nada.

Sin embargo, si quedaba. Y mucho.

Alrededor de las 19 hs pudieron salir con ayuda de los vecinos. El agua había bajado y les llegaba a la cintura. Afuera sólo quedaban calles intransitables, hundidas -al menos-un metro y medio.

"Lo único que nosotros queríamos hacer era salir. Yo sólo enfocaba en la salida, no quería mirar para el costado". Alrededor de Silvia, las cosas flotaban. "Era todo destrucción, barro, no había árboles, ya no quedaba nada. Salimos en medio de tapias caídas, no sé cómo hicimos para llegar hasta la ruta". Allí, sus familiares los esperaban, desesperados.

Los días siguientes todo se limitó a sacar lodo. El patio se había convertido en una pileta de musgo amarronado en el que era imposible no hundirse. No había luz, ni agua.

"Volvés a tu casa y ves que era todo barro, negro, oscuro. Y había que abrir la puerta para ver cómo estaba adentro". Las dudas eran muchas y el miedo a lo que podía haber del otro lado aumentaba cada vez más. Silvia tomó el picaporte y volvió a dudar. Justo cuando estaba por dar el paso, notó que alguien se había acercado. "Era una compañera de trabajo, me dijo 'dale, yo estoy acá' y me abrazó.

¿Vos sabes lo que es abrir la puerta y encontrar todo sucio, todo tirado como si hubiera caído una bomba? Sillones, almohadones, la mesa, la heladera...

Es un antes y un después en tu vida. Esto nos llevó a cambiar muchos hábitos. Es tan fuerte que solamente el que lo vivió, te entiende.
A nosotros sólo nos ha quedado la palabra inundación, agua, barro, lluvia, alerta temprana. No tengo muchas otras cosas que decir. Es como que los demás piensan que estoy paranoica. Llevó mucho tiempo recobrar algo de lo material, la salud mental no la vamos a recuperar".

Capítulo 8

ESTEBAN

"Lo peor de todo fue sentir el agua helada, ya nos temblaban las piernas"

Esteban, Las Rosas.

Antes de la inundación, entre la Escuela 17 de Agosto, a la que concurre la mayor parte de los niños de Villa Allende y la casa de Esteban De Lorenzi, sólo había dos cosas: el calmo y delgado Arroyo Saldán y un muro lleno de dibujos. El río, a unos tres metros más abajo, era sólo parte del paisaje hasta ese día. Hoy, el muro ya no está; al igual que la calma del agua corriendo suavemente entre las piedras.

Esteban llegó a "la Villa" en 1978; "mi madre compró todo esto con los lavados que hacía para afuera". Es por eso que, a un año de la inundación que le llevó parte de su casa, él y su esposa no quieren irse de allí.

Esa noche llovió parejo y sin pausa. El arroyo estaba crecido y el ruido no era cotidiano. Como por arte de la intuición, a las cinco de la mañana, se asomó a revisar el cauce. A unos metros, en la vereda de enfrente, observó las marcas en la pared... algo no andaba bien, el agua había empezado a subir. Desde ese momento, ni él ni su esposa pudieron volver a dormir.

Amaneció y la lluvia continuaba. A eso de la una, el arroyo se convirtió en un río imposible de frenar: había llegado la creciente. La pareja comenzó a llevar los muebles a la carpintería de Esteban, en el galpón contiguo a la casa. Pusieron la mayor cantidad de electrodomésticos y objetos sobre sus mesas de trabajo y regresaron a la vivienda.

La imagen era devastadora, la casa de había convertido en parte del río y los pocos muebles que quedaban junto a la heladera ya flotaban. "Mi señora estaba pálida. Empezaron a venir autos. Teníamos el agua a la altura de la panza".

El río estaba helado; de repente se hizo difícil moverse. La heladera se cayó e impidió el paso hacia el resto de la casa. Esteban, para apaliar la ansiedad, tomó su máquina de fotos y empezó a dispararle al arroyo,

como amenazándolo. Hoy guarda impresos en un folio cada segundo de ese día, aunque todavía no pueda definir si fueron minutos u horas.

El día de la inundación fueron rescatados por el techo con la ayuda de la Policía y los Bomberos. En ese momento, su casa y la de enfrente -a la que sus dueños nunca más regresaron- eran las únicas afectadas. Unos metros más allá, algunos vecinos los esperaban. Y como si de un milagro se tratase, a los a los instantes de estar fuera de la vivienda, sintieron el ruido que no querían haber escuchado nunca: la mitad de su hogar ya no existía.

"Vos ves ese vacío ahí y te dan ganas de llorar". Con su vivienda se fueron sueños, recuerdos y momentos compartidos en sus 64 años; como si no pesaran nada a comparación de la fuerza del arroyo, que ahora es un río. Con el agua se fue la piecita de costura de su esposa que es, sin duda, lo que más añora. También el lavadero, el garaje y un árbol de raíz.

Ese mismo lunes llegaron sus familiares y en la limpieza hubo que tirar todo; parvas de ropa, fotos, muebles. El agua había trepado no sólo los metros del muro que contenían la casa, sino también 1.30 mts por encima de la calle; a la altura del picaporte, un poco más arriba del grifo de la cocina y el borde inferior de las ventanas. Desde ese día, Esteban y su esposa viven en lo de su vecino.

"La pirca nueva la empezaron a hacer hace tres meses y la plata que nos dio la Provincia fue recién hace veinte días. Es muy estresante andar pidiendo". Sin embargo, no aceptaron mudarse a una casa brindada por el Estado. "Con la plata estoy viendo qué conviene hacer". A pesar de todo, en lo que menos piensa es en irse.